

que así como los cuatro os semejais unos á otros, así os acomodeis y parezcáis en la ventura, siendo tan buena la que la fortuna concede á vuestros deseos, que todo el mundo envidie vuestros contentos, como admira vuestras semejanzas. Replicara á estas razones Teolinda, si no lo estorbaba la voz que oyeron que dentre los árboles salía, y parándose todas á escucharla, luego conocieron ser la del pastor Lauso, de que Galatea y Florisa grande contento recibieron, porque en extremo deseaban saber de quién andaba Lauso enamorado, y creyeron que desta duda las sacaría lo que el pastor cantase; y por esta ocasión, sin moverse de donde estaban, con grandísimo silencio le escucharon. Estaba el pastor sentado al pié de un verde sauce, acompañado de solos sus pensamientos y de un pequeño rabel, al son del cual desta manera cantaba.

## LAUSO.

Si yo dijere el bien del pensamiento,  
En mal se vuelva cuanto bien poseo,  
Que no es para decirse el bien que siento.  
De mí mismo se encubre mi deseo,  
Enmudezca la lengua en esta parte,  
Y en el silencio ponga su trofeo.  
Pare aquí el artificio, cese el arte  
De exagerar el gusto, que en una alma  
Con mano liberal amor reparte.  
Baste decir que en sosegada calma  
Paso el mar amoroso, conlido  
De honesto triunfo y vencedora palma.  
Sin saberse la causa, lo causado  
Se sepa; que es un bien tan sin medida,  
Que solo para el alma es reservado.  
Ya tengo nuevo ser, ya tengo vida,  
Ya puedo cobrar nombre en todo el suelo  
De ilustre y clara fama conocida.  
Que el limpio intento, el amoroso celo  
Que encierra el pecho enamorado mio,  
Alzarme puede al mas subido cielo.  
En tí, Silena, espero, en tí confío,  
Silena, gloria de mi pensamiento,  
Norte por quien se rige mi albedrío.  
Espero que el sin par entendimiento  
Tuyo levante á entender que valgo  
Por fe lo que no está en merecimiento.  
Confío que tendrás, pastora, en algo  
(Después de hacerte cierta la experiencia)  
La sana libertad de un pecho hidalgo.  
¿Qué bienes no asegura tu presencia?  
¿Qué males no destierra, y quién sin ella  
Sufrirá un punto la terrible ausencia?  
¡Oh mas que la belleza misma bella,  
Mas que la propia discrecion discreta,  
Sol á mis ojos y á mi mar estrella!  
No la que fué de la nombrada Creta,  
Robada por el falso hermoso toro,  
Igual á tu hermosura tan perfecta.  
Ni aquella que en sus faldas granas de oro  
Sintió llover, por quien después no pudo  
Guardar el virginal rico tesoro.  
Ni aquella que con brazo airado y crudo  
En la sangre castísima del pecho  
Tiñó el puñal en su limpieza agudo.

No cantó mas el enamorado pastor, ni por lo que cantado habia pudieron las pastoras venir en conocimiento de lo que deseaban, que puesto que Lauso nombró á Silena en su canto, por este nombre no fué la pastora conocida: y así imaginaron que como Lauso habia andado por muchas partes de España, y aun de toda Asia y Europa, que alguna pastora forastera sería la que habia rendido la libre voluntad suya; mas volviendo á considerar que le habian visto pocos dias atras triunfar de la libertad, y hacer burla de los enamorados, sin duda creyeron que con disfrazado nombre celebraba alguna conocida pastora, á quien habia hecho señora de sus pensamientos: y así sin satisfacerse en su sospecha se fuéron hácia la aldea, dejando al pastor en el mismo lugar donde estaba. Mas no hubieron andado mucho, cuando vieron venir desde lejos algunos pastores que luego

fuéron conocidos, porque eran Tirsi, Damon, Elicio, Erastro, Arsindo, Francenio, Crisio, Orompo, Daranio, Orfenio y Marsilio, con todos los mas principales pastores de la aldea, y entre ellos el desamorado Lenio, con el lastimado Silerio, los cuales salian á tener la siesta á la fuente de las Pizarras, á la sombra que en aquel lugar hacian las enricadas ramas de los espesos y verdes árboles; y ántes que los pastores llegasen, tuvieron cuidado Teolinda, Leonarda y Rosaura de rebozarse cada una con un blanco lienzo, porque de Tirsi y Damon no fuesen conocidas. Los pastores llegaron haciendo cortesés recibimientos á las pastoras, convidándolas á que en su compañía la siesta pasar quisiesen; mas Galatea se excusó con decir que aquellas forasteras pastoras que con ella venían, tenían necesidad de ir á la aldea: con esto se despidió dellos, llevando tras sí las almas de Elicio y Erastro, y aun las encubiertas pastoras los deseos de conocerlas de cuantos allí estaban. Ellas se fuéron á la aldea, y los pastores á la fresca fuente; pero ántes que allá llegasen, Silerio se despidió de todos, pidiendo licencia para volverse á su ermita; y puesto que Tirsi, Damon, Elicio y Erastro le rogaron que por aquel dia con ellos se quedase, jamas lo pudieron acabar con él, ántes abrazándolos á todos se despidió, encargando y rogando á Erastro que no dejase de verle todas las veces que por su ermita pasase. Erastro se lo prometió; y con esto, torciendo el camino, acompañado de su continua pesadumbre, se volvió á la soledad de su ermita, dejando á los pastores no sin dolor de ver la estrechez de vida que en tan verdes años habia escogido; pero mas se sentia entre aquellos que le conocian y sabian la calidad y valor de su persona. Llegados los pastores á la fuente, hallaron en ella á tres caballeros y á dos hermosas damas que de camino venian, y fatigados del cansancio y convidados del ameno y fresco lugar, les pareció ser bien dejar el camino que llevaban, y pasar allí las calurosas horas de la siesta. Venían con ellos algunos criados, de manera que en su apariencia mostraban ser personas de calidad. Quisieran los pastores, así como los vieron, dejarles el lugar desocupado; pero uno de los caballeros, que el principal parecia, viendo que los pastores de comedidos se querian ir á otra parte, les dijo: Si era por ventura vuestro contento, gallardos pastores, pasar la siesta en este deleitoso sitio, no os lo estorbe nuestra compañía, ántes nos hacéd merced de que con la vuestra aumenteis nuestro contento, pues no prometé menos vuestra gentil disposicion y manera; y siendo el lugar, como lo es, tan acomodado para mayor cantidad de gente, haréis agravio á mí y á estas damas, si no venis en lo que yo en su nombre y el mio os pido. Con hacer, señor, lo que nos mandas, respondió Elicio, cumpliremos nuestro deseo, que por agora no se extendia á mas que venir á este lugar á pasar en él en buena conversacion las enfadosas horas de la siesta; y aunque fuera diferente nuestro intento, le torciéramos solo por hacer lo que pedis. Obligado quedo, respondió el caballero, á muestras de tanta voluntad, y para mas certificarme y obligarme con ella, sentáos, pastores, al rededor desta fresca fuente, donde con algunas cosas que estas damas traen para regalo del camino, podeis despertar la sed, y mitigar en las frescas aguas que esta clara fuente nos ofrece. Todos lo hicieron así, obligados de su buen co-

medimiento. Hasta este punto habian tenido las damas cubiertos los rostros con dos ricos antifaces; pero viendo que los pastores se quedaban, se descubrieron, descubriendo una belleza tan extraña, que en gran admiracion puso á todos los que la vieron, pareciéndoles que despues de la de Galatea no podia haber en la tierra otra que se igualase. Eran las dos damas igualmente hermosas, aunque la una dellas, que de mas edad parecia, á la mas pequeña en cierto donaire y brio se aventajaba. Sentados pues y acomodados todos, el segundo caballero, que hasta entónces ninguna cosa habia hablado, dijo: Cuando me paro á considerar, agradables pastores, la ventaja que hace al cortesano y soberbio trato el pastoral y humilde vuestro, no puedo dejar de tener lástima á mí mismo, y á vosotros honesta envidia. ¿Por qué dices eso, amigo Darinto? dijo el otro caballero. Dígolo, señor, replicó estotro, porque veo con cuánta curiosidad vos y yo, y los que siguen el trato nuestro, procuramos adornar las personas, sustentar los cuerpos, y aumentar las haciendas, y cuán poco viene á lucirnos, pues los rostros están marchitos de los mal digeridos manjares comidos á deshoras, y tan costosos como mal gastados: la púrpura, el oro, el brocado, ninguna cosa nos adornan, ni pulen, ni son parte para que mas bien parezcamos á los ojos de quien nos mira: todo lo cual puedes ver diferente en los que siguen el rústico ejercicio del campo, haciendo experiencia en los que tienes delante, los cuales podria ser, y aun es así, que se hubiesen sustentado y sustentan de manjares simples y en todo contrarios de la vana compostura de los nuestros, y con todo eso mira el moreno de sus rostros, que promete mas entera salud que la blancura quebrada de los nuestros, y cuán bien les está á sus robustos y sueltos miembros un pellico de blanca lana, una caperuza parda y unas antiparras de cualquier color que sean; y con esto á los ojos de sus pastoras deben de parecer mas hermosos que los bizarros cortesanos á los de las retiradas damas. ¿Qué te diria pues, si quisiese, de la sencillez de su vida, de la llaneza de su condicion, y de la honestidad de sus amores? No te digo mas, sino que conmigo puede tanto lo que de la vida pastoral conozco, que de buena gana trocaria la mia con ella. En deuda te estamos todos los pastores, dijo Elicio, por la buena opinion que de nosotros tienes; pero con todo eso te sé decir que hay en la rústica vida nuestra tantos resbaladeros y trabajos, como se encierran en la cortesana vuestra. No podré yo dejar de venir en lo que dices, replicó Darinto, porque ya se sabe bien que es una guerra nuestra vida sobre la tierra; pero en fin, en la pastoral hay menos que en la ciudadana, por estar mas libre de ocasiones que alteren y desasosieguen el espíritu. Cuán bien se conforma con tu opinion, Darinto, dijo Damon, la de un pastor amigo mio, que Lauso se llama, el cual, despues de haber gastado algunos años en cortesanos ejercicios, y algunos otros en los trabajosos del duro Marte, al fin se ha reducido á la pobreza de nuestra rústica vida, y ántes que á ella viniese, mostró desearlo mucho, como parece por una cancion que compuso y envió al famoso Larsileo, que en los negocios de la corte tiene larga y ejercitada experiencia, y por haberme á mí parecido bien, la tomé toda en la memoria, y aun os la dijera, si imaginara que á ella me diera lugar el tiempo, y á vosotros no os cansara el escucharla. Nin-

guna otra cosa nos dará mas gusto que escucharte, discreto Damon, respondió Darinto, llamando á Damon por su nombre, que ya le sabia por haberle oido nombrar á los otros pastores sus amigos; y así yo de mi parte te ruego nos digas la cancion de Lauso, que pues ella es hecha, como dices, á mi propósito, y tú la has tomado de memoria, imposible será que deje de ser buena. Comenzaba Damon á arrepentirse de lo que habia dicho, y procuraba excusarse de lo prometido; mas los caballeros y damas se lo rogaron tanto, y todos los pastores, que él no pudo excusar el decirlo. Y así, habiéndose sosegado un poco, con gentil donaire y gracia dijo desta manera.

## DAMON.

El vano imaginar de nuestra mente,  
De mil contrarios vientos arrojada  
Acá y allá con curso presuroso:  
La humana condicion flaca, doliente  
En caducos placeres ocupada,  
Do busca sin hallarle algun reposo:  
El mundo mentiroso,  
Falso prometedo de ategres gustos:  
La voz de sus sirenas  
Mal escuchada apénas,  
Cuando cambia su gusto en mil disgustos:  
La babilonia, el caos que miro y leo  
En todo cuanto veo:  
El cauteloso trato cortesano  
Junto con mi deseo,  
Puesto han la pluma en la cansada mano.

Quisiera yo, señor, que allí llegara  
Do llega mi deseo, el corto vuelo  
De mi grosera mal cortada pluma,  
Solo para que luego se ocupara  
En levantar al mas subido cielo  
Vuestra rara bondad y virtud suma;  
Mas, ¿quién hay que presume  
Echar sobre sus hombros tanta carga,  
Si no es un nuevo Atlante  
En fuerzas tan hastante,  
Que poco el cielo le fatiga y carga?  
Y aun le será forzoso que se ayude,  
Y el grave peso mude  
Sobre los brazos de otro Alcides nuevo;  
Y aunque se encorve y sude,  
Yo tal fatiga por descanso apruebo.

Ya que á mis fuerzas esto es imposible,  
Y el inútil deseo doy por muestra  
De lo que encierra el justo pensamiento,  
Veamos si quizá será posible  
Mover la flaca mal contenta diestra  
A mostrar por enigma algun contento:  
Mas tan sin fuerzas siento  
Mi fuerza en esto, que será forzoso  
Que apliqueis los oídos  
A los tristes gemidos  
De un desdichado pecho congojoso,  
A quien el fuego, el aire, el mar, la tierra,  
Hacen continuo guerra  
Todos en su desdicha conjurados,  
Que se remata y cierra  
Con la corta ventura de sus hados.

Si esto no fuera, fácil cosa fuera  
Tender por la region del gusto el paso,  
Y reducir cien mil á la memoria  
Pintando el monte, el rio y la ribera.  
No amor, el hado, la fortuna y caso  
Rindieron á un pastor toda su gloria:  
Mas desta dulce historia  
El tiempo triunfa, y solo queda della  
Una pequeña sombra,  
Que ahora espanta; á sombra  
Al pensamiento que mas piensa en ella:  
Condicion propia de la humana suerte.  
Que el gusto nos convierte  
En pocas horas en mortal disgusto,  
Y nadie habrá que acierte  
En muchos años con un firme gusto.

Vuelva y revuelva en alto, suba ó baje  
El vano pensamiento al hondo abismo,  
Corra en un punto desde Tilo á Batro,  
Que él dirá cuanto mas sude y trabaje,  
Y del término salga de sí mismo  
Puesto en la esfera, ó en el cruel baratro.  
¡Oh una, y tres, y cuatro,  
Cinco, y seis, y mas veces venturoso  
El simple ganadero,



Que con un pobre apero  
Vive con mas contento y mas reposo  
Que el rico Craso, ó el avariento Mida!  
Pues con aquella vida  
Robusta, pastoral, sencilla y sana,  
De todo punto olvida  
Esta misera, falsa cortesana.

En el rigor del erizado invierno  
Al tronco entero de robusta encina  
De Vulcano abrasada se calienta,  
Y allí en sosiego trata del gobierno  
Mejor de su ganado, y determina  
Dar de sí al cielo no entricada cuenta:  
Y cuando ya se abuyenta  
El encogido, estéril, yerto frío,  
Y el gran señor de Dolo  
Abrasa el aire, el suelo,  
En el márgen sentado de algun río  
De verdes sauces y álamos cubierto,  
Con rústico concierto  
Suelta la voz, ó toca el caramillo,  
Y á veces se ve cierto  
Las aguas detenerse por oíllo.

Poco allí le fatiga el rostro grave  
Del privado, que muestra en apariencia  
Mandar allí do no es obedecido;  
Ni el alto exagerar con voz suave  
Del falso adulador, que en poca ausencia  
Muda opinion, señor, bando y partido;  
Ni el desden sacudido  
Del sutil secretario le fatiga,  
Ni la altivez honrada  
De la llave dorada,  
Ni de los varios principes la liga,  
Ni del manto ganado un punto parte,  
Porque el furor de Marte  
A una y otra parte suene airado,  
Regido por tal arte,  
Que apenas su secuz se ve medrado.

Reduce á pocos pasos sus pisadas  
Del alto monte al apacible llano,  
Desde la fresca fuente al claro río,  
Sin que por ver las tierras apartadas  
Las móviles campañas del Océano  
Are con loco, antiguo desvario:  
No le levanta el brio  
Saber que el gran monarca invicto vive  
Bien cerca de su aldea,  
Y aunque su bien desea,  
Poco disgusto en no verle recibe:  
No como el ambicioso entremetido,  
Que con seso perdido  
Anda tras el favor, tras la privanza,  
Sin nunca haber tenido  
En turca ó mora sangre, espada ó lanza.

No su semblante ó su color se muda  
Porque mude color, mude semblante  
El señor á quien sirve; pues no tiene  
Señor que fuerce á que con lengua muda  
Siga cual Clície á su dorado amante  
El dulce ó amargo gusto que le viene:  
No le veréis que pene,  
De temor que un descuido, una nonada,  
En el ingrato pecho  
Del señor el derecho  
Borre de sus servicios, y sea dada  
De breve despedida la sentencia:  
No muestra en apariencia  
Otro de lo que encierra el pecho sano;  
Que la rústica ciencia  
No alcanza el falso trato cortesano.

¿Quién tendrá vida tal en menosprecio?  
Quién no dirá que aquella sola es vida  
Que al sosiego del alma se encamina?  
El no tenerla el cortesano en precio,  
Hace que su bondad sea conocida  
De quien aspira al bien y al mal declina.  
¿Oh vida do se afina  
En soledad el gusto acompañado!  
Oh pastoral hajeza,  
Mas alta que la alteza  
Del cetro mas subido y levantado!  
Oh flores olorosas, oh sombríos  
Bosques, oh claros ríos!  
¿Quién gozar os pudiera un breve tiempo  
Sin que los males míos  
Turbasen tan honesto pasatiempo?

Cancion, á parte vas do serán luego  
Conocidas tus faltas y tus sobras:  
Mas di, si aliento cobras,  
Con rostro humilde enderezado á ruego:  
Señor, perdon, porque el que acá me envía,  
En vos y en su deseo se confía.

Esta es, señores, la canción de Lauso, dijo Damon en acabándola: la cual fué tan celebrada de Larsileo, cuanto bien admitida de los que en aquel tiempo la vieron. Con razon lo puedes decir, respondió Darinto, pues la verdad y artificio suyo es digno de justas alabanzas. Estas canciones son las de mi gusto, dijo á este punto el desamorado Lenio; y no aquellas que á cada paso llegan á mis oídos, llenas de mil simples conceptos amorosos, tan mal dispuestos é intrincados, que osaré jurar que hay algunas, que ni las alcanza quien las oye, por discreto que sea, ni las entiende quien las hizo. Pero no ménos fatigan otras que se enzarzan en dar alabanzas á Cupido y en exagerar su poder, su valor, sus maravillas y milagros, haciéndole señor del cielo y de la tierra, dándole otros mil atributos de potencia, de mando y señoría; y lo que mas me cansa á mí de los que las hacen, es, que cuando hablan de amor, entienden de un no sé quién, que ellos llaman Cupido, que la misma significacion del nombre nos declara quién es él, que es un apetito sensual y vano, digno de todo vituperio. Habló el desamorado Lenio, y en fin hubo de parar en decir mal del amor; pero como todos los mas de los que allí estaban conocian su condicion, no repararon mucho en sus razones, si no fué Erastro, que le dijo: ¿Piensas, Lenio, por ventura, que siempre estás hablando con el simple Erastro, que no sabe contradecir tus opiniones, ni responder á tus argumentos? Pues quíerote advertir que te será sano callar por ahora, ó á lo ménos tratar de otras cosas que de decir mal de amor, si ya no gustas que la discrecion y ciencia de Tirsi y de Damon te alumbrén de la ceguedad en que estás, y te muestren á la clara lo que ellos entienden y lo que tú debes entender del amor y de sus cosas. ¿Qué me podrán ellos decir que yo no sepa? dijo Lenio; ó ¿qué les podré yo replicar que ellos no ignoren? Soberbia es esa, Lenio, respondió Elicio, y en ella muestras cuán fuera vas del camino de la verdad de amor, y que te riges mas por el norte de tu parecer y antojo, que no por el que debias regirte, que es el de la verdad y experiencia. Antes por la mucha que yo tengo de sus obras, respondió Lenio, le soy tan contrario como maestro y mostraré mientras la vida me durare. ¿En qué fundas tu razon? dijo Tirsi. ¿En qué, pastor? respondió Lenio: en que por los efectos que hacen, conozco cuán mala es la causa que los produce. ¿Cuáles son los efectos de amor que tú tienes por tan malos? replicó Tirsi. Yo te los diré, si con atencion me escuchas, dijo Lenio; pero no querría que mi plática enfadase los oídos de los que están presentes, pudiendo pasar el tiempo en otra conversacion de mas gusto. Ninguna cosa habrá que sea mas del nuestro, dijo Darinto, que oír tratar desta materia, especialmente entre personas que tan bien sabrán defender su opinion; y así por mi parte, si la destos pastores no lo estorba, te ruego, Lenio, que sigas adelante la comenzada plática. Eso haré yo de buen grado, respondió Lenio, porque pienso mostrar claramente en ella cuánta razon me fuerza á seguir la opinion que sigo, y á vituperar cualquiera otra que á la mía se opusiere. Comienza pues, ó Lenio, dijo Damon, que no estarás mas en ella de cuanto mi compañero Tirsi descubra la suya. A esta sazón, ya que Lenio se preparaba á decir los vituperios de amor, llegaron á la fuente el venerable Aurelio, padre de Galatea, con algunos pastores, y con él asimismo venian

Galatea y Florisa, con las tres rebozadas pastoras, Rosaura, Teolinda y Leonarda, á las cuales, habiéndolas topado á la entrada de la aldea, y sabiendo dellas la junta de pastores que en la fuente de las Pizarras quedaba, á ruego suyo las hizo volver, fiadas las forasteras pastoras en que por sus rebozos no serian de alguno conocidas. Levantáronse todos á recibir á Aurelio y á las pastoras, las cuales se sentaron con las damas, y Aurelio y los pastores con los demas pastores. Pero cuando las damas vieron la singular belleza de Galatea, quedaron tan admiradas, que no podian apartar los ojos de mirarla. No lo fué ménos Galatea de la hermosura dellas, especialmente de la que de mayor edad parecia. Pasó entre ellas algunas palabras de comedimiento; pero todo cesó cuando supieron lo que entre el discreto Tirsi y el desamorado Lenio estaba concertado, de lo que se holgó infinito el venerable Aurelio, porque en extremo deseaba ver aquella junta, y oír aquella disputa; y mas entónces, donde tendria Lenio quien tan bien le supiese responder; y así sin mas esperar, sentándose Lenio en un tronco de un desmochado olmo, con voz al principio baja, y despues sonora, desta manera comenzó á decir.

LENIO.

Ya casi adivino, valerosa y discreta compañía, como ya en vuestro entendimiento me vais juzgando por atrevido y temerario, pues con el poco ingenio y ménos experiencia que puede prometer la rústica vida en que yo algun tiempo me he criado, quiero tomar contienda en materia tan ardua como esta con el famoso Tirsi, cuya crianza en famosas academias, y cuyos bien sabidos estudios no pueden asegurar en mi pretension sino segura pérdida. Pero confiado que á las veces la fuerza del natural ingenio adornado con algun tanto de experiencia, suele descubrir nuevas sendas, con que facilitan las ciencias por largos años sabidas, quiero atreverme hoy á mostrar en público las razones que me han movido á ser tan enemigo de amor, que he merecido por ello alcanzar renombre de desamorado; y aunque otra cosa no me moviera á hacer esto sino vuestro mandamiento, no me excusará de hacerlo: cuanto mas, que no será pequeña la gloria que de aquí he de granjear, aunque pierda la empresa, pues al fin dirá la fama que tuve ánimo para competir con el nombrado Tirsi; y así con este presupuesto, sin querer ser favorecido sino es de la razon que tengo, á ella solo invoco y ruego dé tal fuerza á mis palabras y argumentos, que se muestre en ellas y en ellos la que tengo para ser tan enemigo del amor como publico.

Es pues amor, segun he oído decir á mis mayores, un deseo de belleza: y esta difnición le dan entre otras muchas los que en esta cuestion han llegado mas al cabo. Pues si se me concede que el amor es deseo de belleza, forzosamente se me ha de conceder que cual fuere la belleza que se amare, tal será el amor con que se ama. Y porque la belleza es en dos maneras, corpórea é incorpórea, el amor que la belleza corporal amare como último fin suyo, este tal amor no puede ser bueno, y este es el amor de quien yo soy enemigo; pero como la belleza corpórea se divide asimismo en dos partes, que son en cuerpos vivos y en cuerpos muertos, tambien puede haber amor de belleza corporal que sea bueno. Muéstrase la una parte de la belleza corporal en cuerpos

vivos de varones y de hembras, y esta consiste en que todas las partes del cuerpo sean de por sí buenas, y que todas juntas hagan un todo perfeto, y formen un cuerpo proporcionado de miembros y suavidad de colores. La otra belleza de la parte corporal no viva, consiste en pinturas, estatuas, edificios; la cual belleza puede amarse, sin que el amor con que se amare se vitupere. La belleza incorpórea se divide tambien en dos partes: en las virtudes y ciencias del ánima; y el amor que á la virtud se tiene, necesariamente ha de ser bueno, y ni mas ni ménos el que se tiene á las virtuosas ciencias y agradables estudios. Pues como sean estas dos suertes de belleza la causa que engendra el amor en nuestros pechos, siguese que en el amar la una ó la otra consista ser el amor bueno ó malo; pero como la belleza incorpórea se considera con los ojos del entendimiento limpios y claros, y la belleza corpórea se mira con los ojos corporales, en comparacion de los incorpóreos, turbios y ciegos; y como sean mas prestos los ojos del cuerpo á mirar la belleza presente corporal que agrada, que no los del entendimiento á considerar la ausente incorpórea que glorifica, siguese que mas ordinariamente aman los mortales la caduca y mortal belleza que los destruye, que no la singular y divina que los mejora. Pues deste amor, ó desear la corporal belleza han nacido, nacen y nacerán en el mundo asolacion de ciudades, ruina de estados, destruicion de imperios y muertes de amigos: y cuando esto generalmente no suceda, ¿qué desdichas mayores, qué tormentos mas graves, qué incendio, qué celos, qué penas, qué muertes puede imaginar el humano entendimiento, que á las que padece el miserable amante puedan compararse? Y es la causa desto que, como toda la felicidad del amante consista en gozar la belleza que desea, y esta belleza sea imposible poseerse y gozarse enteramente, aquel no poder llegar al fin que se desea, engendra en él los suspiros, las lágrimas, las quejas y desabrimientos. Pues que sea verdad que la belleza de quien hablo no se puede gozar perfeta y enteramente, está manifesto y claro; porque no está en mano del hombre gozar cumplidamente cosa que esté fuera dél, y no sea toda suya; porque las extrañas, conocida cosa es que están siempre debajo del arbitrio de la que llamamos fortuna y caso, y no en poder de nuestro albedrío, y así se concluye que donde hay amor hay dolor: y quien esto negase, negaria asimismo que el sol es claro, y que el fuego abrasa. Mas porque se venga con mas facilidad en conocimiento de la amargura que amor encierra, por las pasiones del ánimo discurriendo se verá clara la verdad que sigo. Son pues las pasiones del ánimo, como mejor vosotros sabeis, discretos caballeros y pastores, cuatro generales, y no mas. Desear demasiado, alegrarse mucho, gran temor de las futuras miserias, gran dolor de las presentes calamidades; las cuales pasiones, por ser como vientos contrarios que la tranquilidad del ánima perturban, con mas propio vocablo perturbaciones son llamadas: y destas perturbaciones la primera es propia del amor, pues el amor no es otra cosa que deseo: y así es el deseo principio y origen de todas nuestras pasiones, de do proceden como cualquier arroyo de su fuente. Y de aquí viene que todas las veces que el deseo de alguna cosa se enciende en nuestros corazones, luego nos mueve á seguirla y á buscarla, y buscándola y siguiéndola, á mil desordenados fi-



nes nos conduce. Este deseo es aquel que incita al hermano á procurar de la amada hermana los abominables abrazos, la madrastra del alnado, y lo que peor es, el mismo padre de la propia hija: este deseo es el que nuestros pensamientos á dolorosos peligros acarrea. Ni aprovecha que le hagamos obstáculo con la razón, que puesto que nuestro mal claramente conozcamos, no por eso sabemos retirarnos dél: y no se contenta amor de tenernos á una sola voluntad atentos, ántes como del deseo de las cosas, como ya está dicho, todas las pasiones nacen, así del primer deseo que nace en nosotros, otros mil se derivan, y estos son en los enamorados no ménos diversos que infinitos, y aunque todas las mas de las veces miren á un solo fin, con todo eso, como son diversos los objetos y diversa la fortuna de los amadores de cada uno, sin duda alguna diversamente se desea. Hay algunos que por llegar á alcanzar lo que desean, ponen toda su fuerza en una carrera, en la cual ¡oh cuántas y cuán duras cosas se encuentran! ¡cuántas veces se cae, y cuántas agudas espinas atormentan sus piés, y cuántas veces primero se pierde la fuerza y el aliento, que dén alcance á lo que procuran! Algunos otros hay que ya de la cosa amada son poseedores, y ninguna otra desean ni piensan, sino en mantenerse en aquel estado, y teniendo en esto solo ocupados sus pensamientos, y en esto solo todas sus obras y tiempo consumido, en la felicidad son miseros, en la riqueza pobres, y en la ventura desventurados. Otros que ya están fuera de la posesion de sus bienes, procuran tornar á ellos, usando para ello mil ruegos, mil promesas, mil condiciones, infinitas lágrimas, y al cabo en estas miserias ocupándose, se ponen á términos de perder la vida. Mas no se ven estos tormentos en la entrada de los primeros deseos, porque entónces el engañoso amor nos muestra una senda por do entremos, al parecer ancha y espaciosa, la cual despues poco á poco se va cerrando de manera, que para volver ni pasar adelante ningun camino se ofrece: y así engañados y traídos los miseros amantes con una dulce y falsa risa, con un solo volver de ojos, con dos mal formadas palabras que en sus pechos una falsa y flaca esperanza engendran, arrójense luego á caminar tras ella, aguijados del deseo, y despues á poco trecho y á pocos dias, hallando la senda de su remedio cerrada, y el camino de su gusto impedido, acuden luego á regar su rostro con lágrimas, á turbar el aire con suspiros, fatigar los oídos con lamentables quejas; y lo peor es, que si acaso con las lágrimas, con los suspiros y con las quejas no pueden venir al fin de lo que desean, luego mudan estilo, y procuran alcanzar por malos medios lo que por buenos no pueden. De aquí nacen los odios, las iras, las muertes, así de amigos como de enemigos. Por esta causa se ha visto y se ve á cada paso, que las tiernas y delicadas mujeres se ponen á hacer cosas tan extrañas y temerarias, que aun solo el imaginarlas pone espanto. Por estas se ven los santos y conyugales lechos de roja sangre bañados, ora de la triste mal-advertida esposa, ora del incauto y descuidado marido. Por venir al fin deste deseo es traidor el hermano al hermano, el padre al hijo, y el amigo al amigo. Este rompe enemistades, atropella respetos, traspasa leyes, olvida obligaciones y solicita parientas. Mas porque claramente se vea cuánta es la miseria de los enamorados, ya se sabe que ningun apetito tiene tanta fuerza en nosotros, ni con tanto im-

petu al objeto propuesto nos lleva, como aquel que de las espuelas de amor es solicitado; y de aquí viene que ninguna alegría ó contento pasa tanto del debido término, como aquella del amante cuando viene á conseguir alguna cosa de las que desea; y esto se ve, porque ¿qué persona habrá de juicio, si no es el amante, que tenga á suma felicidad un tocar la mano de su amada, una sortijuela suya, un breve amoroso volver de ojos, y otras cosas semejantes de tan poco momento cual las considera un entendimiento desapasionado? Y no por estos gustos tan colmados, que á su parecer los amantes consiguieren, se ha de decir que son felices y bienaventurados; porque no hay ningun contento suyo, que no venga acompañado de innumerables disgustos y sinsabores, con que amor se los agua y turba, y nunca llegó gloria amorosa adonde llega y alcanza la pena: y es tan mala el alegría de los amantes, que los saca fuera de sí mismos, tornándolos descuidados y locos; porque, como ponen todo su intento y fuerzas en mantenerse en aquel gustoso estado que ellos se imaginan, de toda otra cosa se descuidan, de que no poco daño se les sigue, así de hacienda como de honra y vida. Pues á trueco de lo que he dicho, se hacen ellos mismos esclavos de mil congojas, y enemigos de sí propios. Pues ¿qué, cuando sucede que en medio de la carrera de sus gustos, les toca el hierro frio de la pesada lanza de los celos? Allí se les escurece el cielo, se les turba el aire, y todos los elementos se les vuelven contrarios. No tienen entónces de quién esperar contento, pues no se le puede dar el conseguir el fin que desean: allí acude el temor continuo, la desesperacion ordinaria, las agudas sospechas, los pensamientos varios, la solicitud sin provecho, la falsa risa y el verdadero llanto, con otros mil extraños y terribles accidentes que le consumen y atierran. Todas las ocasiones de la cosa amada le fatigan, si mira, si rie, si torna, si vuelve, si calla, si habla; y finalmente todas las gracias que le movieron á querer bien, son las mismas que atormentan al amante celoso. Y ¿quién no sabe que si la ventura á manos llenas no favorece á los amorosos principios, y con presta diligencia á dulce fin los conduce, cuán costosos le son al amante cualesquiera otros medios que el desdichado pone para conseguir su intento? ¿Qué de lágrimas derrama? ¿Qué de suspiros esparce? ¿Cuántas cartas escribe? ¿Cuántas noches no duerme? ¿Cuántos y cuán contrarios pensamientos le combaten? ¿Cuántos recelos le fatigan, y cuántos temores le sobresaltan? ¿Hay por ventura Tántalo que mas fatiga tenga entre las aguas y el manzano puesto, que la que tiene el miserable amante entre el temor y la esperanza colocado? Son los servicios del amante no favorecido los cántaros de las hijas de Dánao, tan sin provecho derramados, que jamas llegan á conseguir una mínima parte de su intento. ¿Hay águila que así destruya las entrañas de Ticio, como destruyen y roen los celos las del amante celoso? Hay piedra que tanto cargue las espaldas de Sisifo, como carga el amor continuo los pensamientos de los enamorados? Hay rueda de Ixion que mas presto se vuelva y atormente, que las prestas y varias imaginaciones de los temerosos amantes? Hay Minos ni Radamanto que así castiguen y apremien las desdichadas condenadas almas, como castiga y apremia el amor al enamorado, pecho que al insufrible mando suyo está sujeto? No hay cruda Megera, ni rabiosa Tisifone, ni vengadora Alecto,

que así maltraten el ánima do se encierran, como maltrata esta furia, este deseo á los sin ventura que le reconocen por señor y se le humillan como vasallos: los cuales por dar alguna disculpa de las locuras que hacen, dicen, ó á lo ménos dijeron los antiguos gentiles, que aquel instinto que incita y mueve al enamorado para amar mas que á su propia vida la ajena, era un dios á quien pusieron por nombre Cupido; y que así, forzados de su deidad, no podian dejar de seguir y caminar tras lo que él queria. Moviéles á decir esto, y á dar nombre de dios á este deseo, el ver los efectos sobrenaturales que hace en los enamorados. Sin duda parece que es sobrenatural cosa estar un amante en un instante mismo temeroso y confiado, arder léjos de su amada, helarse cuando mas cerca della: mudo cuando parlero, y parlero cuando mudo. Extraña cosa es asimismo seguir á quien me huye, alabar á quien me vitupera, dar voces á quien no me escucha, servir á una ingrata, y esperar en quien jamas promete ni puede dar cosa que buena sea. ¡Oh amarga dulzura, oh venenosa medicina de los amantes no sanos! Oh triste alegría, oh flor amorosa, que ningun fruto señala, sino de tarde arrepentimiento! Estos son los efectos deste dios imaginado, estas son sus hazañas y maravillosas obras: y aun tambien puede verse en la pintura, con que figuraban á este su vano dios, cuán vanos ellos andaban: pintábanle niño, desnudo, alado, vendados los ojos, con arco y saetas en las manos, por darnos á entender, entre otras cosas, que en siendo uno enamorado, se vuelve de la condicion de un niño simple y antojadizo, que es ciego en las pretensiones, lijero en los pensamientos, cruel en las obras, desnudo y pobre de las riquezas del entendimiento. Decian asimismo que entre las saetas suyas tenia dos, la una de plomo y la otra de oro, con las cuales diferentes efectos hacia, porque la de plomo engendraba odio en los pechos que tocaba, y la de oro crecía amor en los que heria, por solo avisarnos que el oro rico es aquel que hace amar, y el plomo pobre aborrecer. Y por esta ocasion no en balde cantan los poetas á Atalanta vencedora de tres hermosas manzanas de oro; y á la bella Dánae preñada de la dorada lluvia; y al piadoso Enéas descender al infierno con el ramo de oro en la mano: en fin, el oro y la dádiva es una de las mas fuertes saetas que el amor tiene, y con la que mas corazones sujeta: bien al revés de la de plomo, metal bajo y menospreciado, como lo es la pobreza, la cual ántes engendra odio y aborrecimiento donde llega, que otra benevolencia alguna. Pero si las razones hasta agora por mí dichas, no bastan á persuadir la que yo tengo de estar mal con este pérfido amor, de quien trato hoy, observad en algunos ejemplos verdaderos y pasados los efectos suyos, y veréis, como yo veo, que no ve ni tiene ojos de entendimiento el que no alcanza la verdad que sigo. Veamos pues ¿quién; sino este amor, es aquel que al justo Lot hizo romper el casto intento, y violar á las propias hijas suyas? Este es sin duda el que hizo que el escogido David fuese adúltero y homicida; y el que forzó al libidinoso Amon á procurar el torpe ayuntamiento de Tamar, su querida hermana; y el que puso la cabeza del fuerte Sanson en las traidoras faldas de Dálida, por do perdiendo él su fuerza, perdieron los suyos su amparo, y al cabo él y otros muchos la vida: este fué el que movió la lengua de Heródes para prometer á la bailadora niña la cabeza del Precursor de

la vida: este hace que se dude de la salvacion del mas sabio y rico rey de los reyes, y aun de todos los hombres: este redujo los fuertes brazos del famoso Hércules, acostumbrados á regir la pesada maza, á torcer un pequeño huso, y ejercitarse en mujeriles ejercicios: este hizo que la furiosa y enamorada Medea esparciese por el aire los tiernos miembros de su pequeño hermano: este cortó la lengua á Progne, Aragne y á Hipólito, infamó á Pasífae, destruyó á Troya y mató á Egisto: este hizo cesar las comenzadas obras de la nueva Cartago, y que su primera reina pasase su casto pecho con la aguda espada: este puso en las manos de la nombrada y hermosa Sofonisba el vaso de mortífero veneno, que la acabó la vida. Este quitó la suya al valiente Turno, y el reino á Tarquino, el mando á Marco Antonio, y la vida y la honra á su amiga. Este en fin entregó nuestras Españas á la bárbara furia agarena, llamada á la venganza del desordenado amor del miserable Rodrigo. Mas porque pienso que primero nos cubrirá la noche con su sombra, que yo acabase de traerlos á la memoria los ejemplos que se ofrecen á la mia, de las hazañas que el amor ha hecho y cada dia hace en el mundo, no quiero pasar mas adelante en ellos, ni aun en la comenzada plática, por dar lugar á que el famoso Tirsi me responda, rogándos primeramente, señores, no os enfade oír una cancion, que algunos dias la tengo hecha en vituperio deste mi enemigo, la cual, si bien me acuerdo, dice desta manera.

Sin que me pongan miedo el hielo y fuego,  
El arco y flechas del amor tirano,  
En su deshonra he de mover mi lengua:  
Que ¿quién ha de temer á un niño ciego  
De vario antojo y de juicio insano,  
Aunque mas amenace daño y mengua?  
Mi gusto crece, mi valor desmengua  
Cuando la voz levanto  
Al verdadero canto,  
Que en vituperio del amor se forma  
Con tal verdad, con tal manera y forma,  
Que á todo el mundo su maldad descubre,  
Y claramente informa,  
Del cierto daño que el amor encubre.

Amor es fuego que consume el alma,  
Hielo que hiela, flecha que abre el pecho  
Que de sus mañas vive descuidado:  
Turbado mar do no se ha visto calma,  
Ministro de ira, padre del despecho,  
Enemigo de amigo disfrazado,  
Dador de escaso bien y mal colmado:  
Afable, lisonjero,  
Tirano, crudo y liero,  
Y Circe engañadora que nos muda  
En varios monstruos, sin que humana ayuda  
Pueda al pasado ser nuestro volvernoso,  
Aunque lijera acuda  
La luz de la razon á socorrernos:

Yugo que humilla al mas erguido cuello,  
Blanco á do se encaminan los deseos  
Del ocio blando sin razon nacidos:  
Red engañosa de sutil cabello,  
Que cubre y prende en torpes actos feos  
Los que del mundo son en mas tenidos:  
Sabroso mal de todos los sentidos,  
Ponzoña disfrazada  
Cual píldora dorada:  
Rayo que adonde toca, abrasa y hiende:  
Airado brazo que á traicion ofende,  
Verdugo del cautivo pensamiento,  
Y del que se defiende  
Del dulce halago de su falso intento:

Daño que aplice en los principios, cuando  
Se regala la vista en el sujeto  
Que cual el cielo bello le parece;  
Mas tanto cuanto mas pasa mirando,  
Taño mas pena en público y secreto  
El corazon que todo lo padece:  
Mudo hablador, parlero que enmudece,  
Cuerto que desatina,  
Pura total ruina